

CAPÍTULO X

Aprobación del decreto por los aqueos. – Conducta de los etolios en nombrar por pretor a Escopas. – Regreso de Filipo a Macedonia. – Motivo por el que se tratan aparte estas guerras.

Transcurría el primer año de la olimpiada ciento cuarenta (año -220) cuando se ratificó este decreto, época en que la guerra llamada *social* comenzó justo y conforme a los excesos que los etolios habían cometido. El Consejo envió al punto diputados a los aliados para que, aprobado el decreto por cada una de las ciudades, declarasen todas desde su país la guerra a los etolios. Filipo escribió asimismo a éstos, advirtiéndoles que si tenían que hacer alguna defensa contra las acusaciones compareciesen a exponerla antes de disolverse el Congreso; pues si presumían que después de haber saqueado y talado los campos de todos sin decreto alguno público no habían de tomar satisfacción los ofendidos, o que si la tomaban habían de ser reputados por primeros promotores de la guerra, eran los más necios del mundo. Recibida esta carta, los pretores etolios en la inteligencia al principio de que Filipo no iría señalaron día fijo en que comparecerían en Rion; pero informados después de que, en efecto, había llegado, le despacharon un correo con el aviso de que sin reunir antes el pueblo nada podían arreglar por sí mismos sobre los asuntos del Estado. Los aqueos, congregados en la asamblea acostumbrada, confirmaron todos el decreto y permitieron por un bando el saqueo contra los etolios. El rey fue a este Consejo que se celebraba en Egio, donde después de haber perorado largamente, todos recibieron con aceptación su discurso y le renovaron los vínculos de amistad que habían hecho anteriormente a sus antecesores.

Entre tanto, los etolios, llegado el tiempo de las elecciones, nombraron por pretor a Escopas, que había sido causa de todos los excesos precedentes. Yo no sé

qué decir de esta determinación. Porque no hacer la guerra con declaración alguna pública, y al mismo tiempo armado todo el pueblo robar y pillar las tierras de sus vecinos; no castigar a los culpados, antes bien elegir y honrar con el mando a los autores de estos excesos, es un proceder, en mi concepto, donde rebosa toda la malicia. Porque, ¿qué otro nombre se ha de dar a semejantes iniquidades? Pero mi sentir se manifestará mejor con lo siguiente. Los lacedemonios, cuando Fébidas tomó por trato Cadmea, castigaron al autor, pero no sacaron la guarnición de la plaza, como si estuviese bien satisfecha la injuria con el castigo del agresor, en vez de que debieran haber hecho lo contrario, y esto era lo que tenía cuenta a los tebanos. Asimismo en tiempo de la paz de Antálcidas manifestaron que dejarían las ciudades en el goce de su libertad y de sus leyes, pero no sacaron de ellas a los gobernadores que se hallaban en su nombre. Después de haber arruinado a los mantinenses, sus amigos y aliados, publicaban que no les habían agraviado; únicamente de una ciudad en que vivían los habían distribuido en muchas, locura a la verdad acompañada de malicia creer que con que uno cierre los ojos todo el mundo está ciego. Este indiscreto celo de gobierno fue origen de los mayores infortunios a una y otra República; conducta que de ningún modo deben abrazar, ni en particular ni en general, los que deseen manejar bien sus intereses.

Filipo, después de haber reglado los negocios de los aqueos, tornó a Macedonia con su ejército, a fin de hacer las prevenciones para la guerra. Con el decreto antecedente, no sólo los aliados, sino también Grecia toda concibieron lisonjeras esperanzas de su clemencia y magnanimidad regia.

Todas estas cosas ocurrieron hacia el mismo tiempo en que Aníbal, apoderado ya de cuanto baña el Ebro por esta parte, pensaba romper contra Sagunto. Si desde el principio hubiéramos mezclado los primeros movimientos de Aníbal con las acciones de Grecia, nos hubiéramos visto sin duda precisados en el primer libro, por seguir el orden de los tiempos, a tratar de éstas alternativamente e intercalarlas con las de España. Pero pues que Italia, Grecia y Asia tuvieron cada una sus motivos particulares para la guerra, aunque los éxitos fueron los mismos, resolvimos hacer mención de ellos separadamente hasta llegar a aquella época en que, mezclados los hechos unos con otros, comenzaron todos a mirar a un mismo fin y objeto. De esta forma la narración de los inicios de cada guerra será más clara y la mezcla de unas con otras, de que ya hemos hablado al principio, más patente. Luego que hayamos declarado el cuándo, cómo y por qué causas ocurrió, únicamente nos quedará hacer una historia general de todas ellas. Esta unión de intereses sucedió hacia el fin de la guerra de que hablamos, en el año tercero de la olimpiada ciento cuarenta. Por eso las guerras siguientes las referimos juntas, según el orden de los tiempos, pero las antecedentes se tratarán separadas como hemos dicho. Únicamente recordaremos de paso lo que dijimos en el libro primero que había acaecido al mismo tiempo, a fin de que la narración vaya consiguiente y cause más admiración a los lectores.